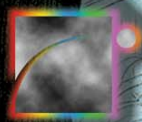


Por el autor de *Coraline*

NEIL GAIMAN

El Libro del Cementerio



El
Libro
del
Cementerio





NEIL GAIMAN

EI
Libro
del
Cementerio

ILUSTRADO POR
Chris Riddell



Rocaeditorial

Título original: *The Graveyard Book*
Text copyright © Neil Gaiman 2008
Illustrations copyright © Chris Riddell 2008

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Mónica Faerna
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
correo@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-030-4
Depósito legal: M. 29.004-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Vibran sus huesos
sobre el empedrado.
Sólo es un desharrapado
que se ha quedado sin dueño.

LETRILLA POPULAR INFANTIL

Capítulo 1

De cómo Nadie llegó al cementerio

Cabía una mano en la oscuridad, y esa mano sostenía un puñal, cuyo mango era de brillante hueso negro, y la hoja, más afilada y precisa que una navaja de afeitar. Si te cortara, lo más probable es que ni te enteraras, o al menos no lo notarías de inmediato.

El puñal prácticamente había terminado lo que debía hacer en aquella casa, y tanto la hoja como el mango estaban empapados.

La puerta de la casa seguía abierta, aunque sólo un resquicio por el que se habían deslizado el arma y el hombre que la empuñaba, y por él se colaban ahora jirones de niebla nocturna que se trenzaban en el aire formando suaves volutas.

El hombre Jack se detuvo en el rellano de la escalera. Con la mano izquierda, sacó un enorme pañuelo blanco del bolsillo de su abrigo negro, y limpió el puñal y el guante que le cubría la mano con la que lo había empuñado; después, lo guardó de nuevo. La cacería casi había terminado ya. Había dejado a la mujer en su cama, al hombre en el suelo del dormitorio y a la hija mayor en su habitación, rodeada de juguetes y de maquetas a medio terminar. Sólo

le quedaba ocuparse del más pequeño, un bebé que apenas sabía andar. Uno más, y habría acabado su tarea.

Abrió y cerró la mano varias veces para desentumecerla. El hombre Jack era, por encima de todo, un profesional, o al menos eso creía, y no se permitiría sonreír hasta que hubiera concluido su trabajo.

Aquel individuo, de cabellos y ojos oscuros, llevaba unos guantes negros de piel de cordero muy fina.

La habitación del bebé se hallaba en el último piso. El hombre Jack siguió subiendo por la escalera; la moqueta silenciaba sus pasos. Al llegar arriba del todo, abrió la puerta de la buhardilla y entró. Calzaba unos zapatos de piel negra tan afanosamente lustrados que parecían dos espejos negros, de modo que la luna creciente se reflejaba en ellos, como una miniatura.

10 Tras el cristal de la ventana, se veía la luna real, aunque no lucía demasiado, pues la niebla difuminaba su resplandor. Pero el hombre Jack no necesitaba mucha luz; le bastaba con la luz de la luna.

Le pareció distinguir la silueta de un niño en la cuna: cabeza, extremidades y torso.

La camita disponía de una barandilla alta, para evitar que el bebé pudiera salir solo. El hombre se inclinó sobre ella, alzó la mano derecha, la que empuñaba el arma, se dispuso a apuñalarlo en el pecho...

... pero bajó la mano. La silueta que había visto era la de un osito de peluche. Allí no había ningún niño.

Los ojos de Jack se habían acostumbrado a la tenue luz de la luna, así que no quiso encender ninguna lámpara. Al fin y al cabo la luz no era imprescindible; él tenía sus propios recursos.

Olfateó el aire. Ignoró los olores que él mismo había llevado a la habitación, desechó los que no le interesaban y se concentró en el olor de su presa. Olía al niño: un leve

aroma de leche, como el de las galletas con trocitos de chocolate, y el penetrante olor de un pañal desechable empapado de orina. También percibía el aroma del champú impregnado en los cabellos de la criatura, así como el de algo pequeño, un objeto de goma («Un juguete pensó, y enseguida se corrigió. No, algo para chupar...») que el niño debía de llevar consigo.

El bebé había estado allí. Pero ya no estaba. El hombre Jack se dejó guiar por su olfato y bajó la escalera hasta el piso intermedio de aquella casa alta y estrecha. Inspeccionó el cuarto de baño, la cocina, la secadora y, por fin, el recibidor que había al final de la escalera, donde no encontró nada más que unas cuantas bicicletas, un montón de bolsas apiladas y vacías, un pañal usado y los jirones de niebla que se habían ido colando en el recibidor por la puerta entornada.

Emitió un leve gruñido que expresaba a un tiempo fracaso y satisfacción. Acto seguido, metió el puñal en la funda, que guardó a su vez en el bolsillo interior del largo abrigo que vestía, y salió a la calle. La luna brillaba en el cielo y las farolas estaban encendidas, pero la niebla lo asfixiaba todo; envuelta en una luz mortecina y en una sorda sonoridad, la noche ofrecía un aspecto tenebroso y amenazador. Echó un vistazo calle abajo, hacia donde brillaban las luces de las tiendas cerradas, y luego miró calle arriba, hacia lo alto de la colina, al camino que pasaba por delante de las últimas casas antes de perderse en la oscuridad del viejo cementerio.

Olfateó de nuevo el aire. Después, sin prisa, la emprendió colina arriba.

Desde que el bebé echara a andar, había sido para sus padres motivo de alegría y de preocupación a partes

iguales, pues no paraba quieto un momento: correteaba por todas partes, se subía a los muebles y entraba y salía de los huecos más inesperados. Aquella noche el pequeño se despertó al oír algo que se estrellaba contra el suelo en el piso de abajo. Y una vez despierto, no tardó en aburrirse, así que se puso a buscar el modo de salir de la cuna. Las barandillas eran muy altas, igual que las del parque que tenía en la planta baja, pero estaba convencido de que podría trepar y saltar de la cuna. Sólo necesitaba algo que le sirviera de escalón...

Colocó su osito de peluche, grande y rubio, en un rincón de la cama y, luego, agarrándose a los barrotes con sus diminutas manitas, puso un pie sobre las patas del osito, el otro en la cabeza, y se dio impulso para pasar la pierna por encima de una barandilla y se dejó caer al suelo.

12 Fue a aterrizar sobre un montón de peluches que amortiguaron el golpe; algunos de ellos se los habían regalado con motivo de su primer cumpleaños, hacía menos de seis meses, y otros los había heredado de su hermana mayor. Se llevó un susto al toparse con el suelo de manera tan brusca, pero no lloró porque si llorabas, aparecían papá o mamá y te volvían a meter en la cuna.

Gateando, salió de la habitación.

Los escalones eran cosas muy peligrosas y difíciles de subir, y aún no se manejaba con soltura en ese terreno. Sin embargo, había descubierto que bajarlos resultaba bastante sencillo. Sólo tenía que sentarse en el primero y arrastrar su empaquetado culete de escalón en escalón.

Llevaba puesto el *tete*. Su madre estaba intentando convencerlo de que ya era muy mayor para usar chupete.

Con el trasiego de bajar la escalera, el pañal se le había ido aflojando y, cuando llegó al último escalón y se puso de pie, se le cayó. Lo apartó con sus piecitos y se quedó solamente con la camiseta del pijama. Subir por aquellos

empinados escalones para volver a su habitación o despertar a sus padres se le antojaba demasiado complicado; en cambio, la puerta de la calle estaba abierta y resultaba muy tentadora...

El niño salió de la casa con paso vacilante, mientras la niebla se le enroscaba alrededor, recibéndolo como se recibe a un amigo después de muchos años sin verlo. Al principio echó a andar con inseguridad, pero poco a poco se afianzó y, aunque bamboleándose, caminó más deprisa colina arriba.

A medida que se acercaba a lo alto de la colina, la niebla se iba haciendo menos densa y la luz de la luna creciente, si bien no tan clara como la luz del día, resultaba más que suficiente para ver el cementerio.

¡Mirad!

13

Allí estaba la vieja iglesia funeraria, con su verja de hierro cerrada con candado, su torre cubierta de hiedra y un arbolito que crecía en el canalón, a la altura del tejado.

También se veían lápidas, tumbas, panteones y placas conmemorativas, y algún que otro conejo correteando por entre las tumbas, o un ratón, o una comadreja que, saliendo de entre la maleza, atravesaban el sendero.

Todas estas cosas podríais haber visto aquella noche, a la luz de la luna, si hubierais estado allí.

Aunque quizá no habríais podido distinguir a una mujer pálida y regordeta que caminaba por dicho sendero, cerca de la puerta principal; y de haberla visto, al mirarla con más atención por segunda vez, os habríais dado cuenta de que no era más que una sombra hecha de niebla y de luz de luna. No obstante, aquella mujer pálida y regordeta estaba efectivamente allí, y se dirigía hacia un grupo de viejas lápidas situadas cerca de la puerta principal.

Las puertas del cementerio estaban cerradas. En invierno se cerraban a las cuatro, y en verano, a las ocho. Una verja de hierro con barrotes acabados en punta rodeaba la mayor parte del cementerio, y el resto del perímetro quedaba protegido por una alta tapia de ladrillo. El espacio que separaba los barrotes era lo suficientemente estrecho para que nadie pudiera colarse por él, ni siquiera un niño de diez años...

—¡Owens! —gritó la mujer. Su voz sonaba como el susurro del viento entre los árboles—. ¡Owens! ¡Ven, tienes que ver esto!

Se agachó, mirando algo que había en el suelo, mientras se acercaba otra sombra, que resultó ser un hombre canoso, de unos cuarenta y tantos años. El hombre miró a su esposa y, a continuación, desvió la vista hacia lo que ella contemplaba. Perplejo, se rascó la cabeza.

14 —Señora Owens —dijo, pues pertenecía a una época en la que el trato era mucho más formal que ahora—, ¿es esto lo que creo que es?

Y justo en ese momento, aquello que estaba siendo observado debió de ver a la señora Owens, pues abrió la boca, dejando caer el chupete, y alargó su regordeta manita como si quisiera agarrar el pálido dedo de la mujer.

—Que me aspen —masculló el señor Owens— si esto no es un bebé.

—Pues claro que sí —replicó la mujer—. Pero la cuestión es: ¿qué va a ser de él?

—Ésa es, desde luego, una cuestión importante, señora Owens. No obstante, no es cuestión que nos incumba dilucidar a nosotros. Porque este bebé está vivo, de eso no cabe la menor duda, y por lo tanto nada tiene que ver con nosotros, no forma parte de nuestro mundo.

—¡Mira cómo sonrío! En mi vida he visto una sonrisa más encantadora —exclamó la señora Owens, y acari-

ció con su incorpórea mano el fino cabello rubio del bebé. El pequeño rio alborozado.

Una gélida ráfaga de viento recorrió el cementerio y desmenuzó la niebla que cubría las tumbas situadas en la falda de la colina (se debe tener en cuenta que el cementerio la ocupaba por completo, y había senderos que ascendían hasta la cumbre y luego volvían a descender, trazando una especie de tirabuzón en torno a ella). Y a todo esto se oyó un estruendo metálico: alguien estaba sacudiendo los barrotes de la puerta principal, asegurada con una cadena y un voluminoso candado.

—Ahí lo tienes —dijo el señor Owens—; debe de ser alguien de su familia que viene a buscarlo. Deja al pequeño hombrecito en el suelo.

—Pues no me parece a mí que sea nadie de la familia —replicó la señora Owens.

El tipo del abrigo negro había dejado de sacudir la verja y estaba echando un vistazo a una de las puertas laterales. Pero también se hallaba cerrada a cal y canto. El año anterior se habían colado varios gamberros, y el ayuntamiento se había visto obligado a tomar medidas.

—Vámonos, señora Owens. Déjalo correr, no seas obstinada —insistía el marido pero, de repente, vio un fantasma y se quedó con la boca abierta de par en par y sin saber qué pensar ni qué decir.

Habrá quien piense —y no sin razón— que resulta extraño que el señor Owens reaccionara de esa forma ante la visión de un fantasma, ya que tanto él como su esposa llevaban muertos varios siglos, y todas, o casi todas, las personas con las que se relacionaban estaban muertas también. Pero aquel fantasma en particular era muy distinto de los que habitaban el cementerio: la imagen se veía algo borrosa y de color gris, como la tele cuando hay interferencias, y transmitía una intensa sen-

sación de pánico. Se distinguían tres figuras, dos grandes y una más pequeña, pero sólo se veía con la suficiente claridad a una de ellas, que gritaba:

—¡Mi bebé! ¡Ese hombre lo busca para hacerle daño!

Un estruendo metálico. El hombre iba por el callejón arrastrando un contenedor de basura con el fin de subirse a él y saltar la tapia del cementerio.

—¡Protejan a mi hijo! —les suplicó el fantasma, y la señora Owens entendió entonces que se trataba de una mujer. Claro, era la madre del niño.

—¿Qué les ha hecho ese hombre a ustedes? —preguntó la señora Owens, aunque estaba casi segura de que la mujer no podía oírla. «Seguramente hace poco que murió, pobre mujer», pensó.

16 Siempre es más fácil morir de forma serena, despertar llegado el momento en el lugar donde a uno lo enterraron, aceptar la propia muerte e ir conociendo poco a poco a tus convecinos. Aquella pobre criatura era toda angustia y pánico, y ese miedo cerval, que los Owens percibían como un ultrasonido, había logrado captar también la atención de los demás habitantes del cementerio, que acudían desde todos los rincones del lugar.

—¿Quién sois? —inquirió Cayo Pompeyo, cuya lápida había quedado reducida a un simple trozo de mármol cubierto de musgo, pero dos mil años atrás pidió que lo enterraran en aquella colina, junto al templo de mármol, en lugar de repatriarlo a su Roma natal. Así pues, era uno de los ciudadanos más antiguos del cementerio y se tomaba muy en serio sus responsabilidades—. ¿Estáis enterrada aquí?

—¡Pues claro que no! No hay más que verla para darse cuenta de que acaba de morir. —La señora Owens rodeó con un brazo el espectro de la mujer y habló con ella en privado, en voz baja y serena.

Al otro lado de la tapia, se oyó otro golpe seguido de un gran estrépito. Era el contenedor de basura que se había volcado. El hombre había logrado subirse a la tapia, y su silueta se recortaba ahora contra la nebulosa luz de las farolas; se quedó quieto un momento, a continuación se descolgó por el otro lado, agarrándose al borde de la tapia y, finalmente, se dejó caer en el interior del cementerio.

—Pero, querida mía —le dijo la señora Owens al espectro—, el niño está vivo. Nosotros no. ¿Qué cree usted...?

El bebé las contemplaba perplejo. Alargó sus bracitos hacia una de ellas y luego hacia la otra, pero no encontró nada a lo que agarrarse. El espectro de la mujer se desvanecía a ojos vistas.

—Sí, sí —dijo la señora Owens en respuesta a algo que nadie más había oído—. Le doy mi palabra de que lo haremos si podemos. Y volviéndose hacia su marido, le preguntó—. ¿Y tú, Owens? ¿Querrás ser el padre de esta criatura?

—¿Cómo dices? —dijo el señor Owens con el entrecejo fruncido.

—Tú y yo no pudimos tener hijos, y esta mujer quiere que protejamos a su bebé. ¿Lo harás?

El hombre del abrigo negro había tropezado con una rama de hiedra. Se enderezó y siguió caminando con cautela por entre las lápidas, pero espantó a un búho que estaba posado en una rama de un árbol cercano. Al ver al niño, se le iluminaron los ojos con un brillo triunfal.

El señor Owens sabía en qué estaba pensando su mujer cuando empleaba ese tono. No en vano llevaban casados, en vida y después de muertos, más de doscientos cincuenta años.

—¿Estás segura? —le preguntó—. ¿Completamente segura?

—En mi vida había estado tan segura de algo —respondió la señora Owens.

—En tal caso, adelante. Si tú estás dispuesta a ocupar el lugar de su madre, yo seré su padre.

—¿Ha oído eso? —inquirió la señora Owens al desvaído espectro, reducido ya a una simple silueta, como un relámpago distante con forma de mujer. Ella le dijo algo que nadie más oyó y, después, desapareció.

—No volverá por aquí —aseguró el señor Owens—. La próxima vez que despierte lo hará en su propio cementerio, o dondequiera que la hayan enterrado.

La señora Owens se inclinó hacia el niño y extendió los brazos.

—Ven aquí, pequeño —le dijo con mucha dulzura—. Ven con mamá.

18 Para el hombre Jack, que se dirigía hacia ellos con el puñal ya en la mano, fue como si un remolino de niebla se hubiera enroscado de pronto alrededor del niño y lo hubiera hecho desaparecer; en el lugar donde había estado el bebé no quedaba nada más que la niebla, la luz de la luna y la hierba meciéndose al compás de la brisa nocturna.

Parpadeó y olfateó el aire. Algo había ocurrido, pero no sabía qué. Contrariado, emitió un gruñido similar al que hacen los animales de presa.

—¿Hola? —dijo en voz alta, pensando que a lo mejor el niño se había escondido. Su voz era sombría y ronca, y tenía un dejo extraño, como si a él mismo le sorprendiera su sonido.

El cementerio guardaba celosamente sus secretos.

—¿Hola? —repitió. Esperaba escuchar el llanto de un bebé, o un balbuceo, o cualquier ruido que le diera una pista. En cualquier caso, lo último que esperaba oír era aquella aterciopelada voz:

—¿En qué puedo ayudarle?

El hombre Jack era un tipo alto, pero el recién llegado era más alto que él; el hombre Jack vestía ropas oscuras, pero el atuendo del recién llegado era aún más oscuro; los que reparaban en el hombre Jack —y no le gustaba que repararan en él— se sentían incómodos o terriblemente asustados, pero cuando el hombre Jack miró al extraño, fue él mismo quien se sintió incómodo.

—Estaba buscando a una persona —replicó el hombre Jack mientras deslizaba con disimulo la mano derecha en el bolsillo del abrigo, para esconder el puñal y, al mismo tiempo, tenerlo disponible por si acaso.

—¿En un cementerio cerrado, y de noche? —replicó el extraño con ironía.

—Se trata de un bebé. Al pasar por delante de la puerta, oí el llanto de una criatura, miré por entre los barrotes y lo vi. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, ¿no?

—Aplaudo su sentido cívico. Pero, aun suponiendo que lograra usted encontrar a ese bebé, ¿cómo pensaba sacarlo de aquí? No tendría intención de escalar la tapia llevando a un niño en brazos, ¿verdad?

—Habría gritado hasta que alguien saliera a abrirme. En éstas sonó un tintineo de llaves.

—Bien, pues yo soy ese alguien. Soy yo quien habría salido a abrirle la puerta —repuso el extraño y, cogiendo la llave más grande del llavero, le indicó—. Venga conmigo.

El hombre Jack siguió al extraño y sacó el puñal.

—Entonces usted debe de ser el guarda, ¿no?

—¿Lo soy? Supongo que sí, en cierto sentido.

El guarda lo conducía hacia la puerta lateral, o lo que es lo mismo, lejos del bebé. Pero el extraño tenía las llaves. El hombre Jack no necesitaba nada más que un puñal en la oscuridad, y después seguiría buscando al bebé toda la noche, si hacía falta.

Alzó el arma.

—En el supuesto caso de que hubiera visto a un bebé —le dijo el guarda sin volver la cabeza—, dudo mucho que esté dentro del cementerio. Quizá se haya equivocado usted. Al fin y al cabo, no es frecuente que un niño visite un sitio como éste. Seguramente lo que oyó fuera un ave nocturna, y es posible que lo que vio a continuación fuera un gato o un zorro. Este lugar fue declarado reserva natural hace unos treinta años, ¿sabe?, más o menos después del último funeral. Ahora, piénselo bien y dígame, con honradez, si puede usted asegurar que eso que vio era un bebé.

El hombre Jack reflexionó unos instantes.

El guarda accionó la llave y le dijo:

20 —Un zorro, eso fue lo que vio. Hacen unos ruidos francamente extraños, no es difícil confundirlos con un llanto humano. Ha cometido usted un error al venir aquí, caballero. El bebé que anda buscando estará esperándolo en alguna parte pero, desde luego, aquí no.

El extraño esperó un momento para dar tiempo a que esa idea se asentará en el cerebro de Jack, y luego, con una elegante reverencia, le abrió la puerta.

—He tenido mucho gusto en conocerlo —le aseguró—. Confío en que ahí fuera encontrará usted todo cuanto necesite.

El hombre Jack salió y se quedó quieto junto a la puerta del cementerio, y el extraño, a quien él había tomado por el guarda, echó la llave y la puso a buen recaudo.

—¿Adónde va? —le preguntó el hombre Jack.

—Hay otras puertas, además de ésta —respondió el extraño—. Tengo el coche aparcado al otro lado de la colina. Pero hágase a la idea de que no estoy aquí. Es más, olvídense de esta conversación.

—Sí —replicó el hombre Jack, amistoso—, eso haré.

Recordaba haber subido hasta allí, y si bien al principio le había parecido ver a un niño, éste resultó ser un zorro, y recordaba también que un guarda muy amable lo había acompañado hasta la calle. Así pues, guardó el puñal en su funda.

—En fin —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches, caballero —le respondió el extraño a quien había confundido con el guarda.

El hombre Jack echó a andar colina abajo, y continuó buscando al bebé.

Oculto entre las sombras, el extraño lo vigiló hasta perderlo de vista. Luego subió a la explanada situada un poco más abajo de la cima, dominada por un obelisco y una lápida conmemorativa dedicada a Josiah Worthington —dueño de la destilería local, político y, posteriormente, baronet—, quien, casi trescientos años atrás, compró el viejo cementerio y los terrenos colindantes para más tarde cedérselos al ayuntamiento a perpetuidad. Pero, previamente, el viejo Josiah se reservó el mejor emplazamiento —un anfiteatro natural desde el cual se veía la ciudad entera, y mucho más— y se aseguró de que el cementerio seguiría siempre cumpliendo esa función, y por eso, todos sus habitantes le estaban muy agradecidos, pero no tanto como Josiah Worthington, baronet, creía que deberían estar.

En el cementerio había más o menos unas diez mil almas, pero la mayoría de ellas dormían profundamente, o no sentían el menor interés por los asuntos nocturnos del lugar; por esa razón los que se hallaban reunidos en aquel momento en el anfiteatro a la luz de la luna no llegaban a trescientos.

El extraño se unió a ellos con tanto sigilo como la propia niebla y, desde las sombras, observó el desarrollo del procedimiento sin decir nada.

En aquel preciso instante, era Josiah Worthington quien estaba en el uso de la palabra.

—Mi querida señora Owens, su obstinación resulta... En fin, ¿no se da usted cuenta de lo ridículo de esta situación?

—No —respondió—. La verdad es que no.

La mujer estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, y tenía al niño dormido en su regazo. Ella le sujetaba la cabeza con sus pálidas manos.

—Con la venia de Su Señoría. Lo que mi esposa quiere decir —intervino el señor Owens— es que no es así como ella lo ve. Sólo intenta cumplir con lo que considera su deber.

22 El señor Owens conoció a Josiah Worthington en vida; de hecho, elaboró buena parte del exquisito mobiliario que decoraba la mansión del baronet, situada en las afueras de la vecina población de Inglesham, y, aun después de muerto, seguía imponiéndole mucho respeto.

—¿Su deber? —se extrañó Josiah Worthington meneando la cabeza, como si intentara sacudirse de encima una telaraña—. Usted, señora mía, se debe a este cementerio y a la comunidad de espíritus inmateriales que en él habitan, y su deber en este preciso instante consiste en devolver a esa criatura a su verdadero hogar que, dicho sea de paso, no es este cementerio.

—Su madre me la confió a mí —replicó la señora Owens, como si ese sencillo argumento bastara para zanjar la discusión.

—Mi querida señora...

—Yo no soy su querida señora —lo interrumpió la mujer poniéndose en pie—. Y, si he de serle sincera, ni siquiera entiendo qué hago yo aquí hablando ante un hatajo de acémilas con más años que Matusalén, cuando debería estar ocupándome de este niño, que se va a des-

pertar de un momento a otro y lo más probable es que esté muerto de hambre... Y lo que a mí me gustaría saber es dónde voy a encontrar comida para alimentarlo en este dichoso cementerio.

—Y ése es en definitiva el quid de la cuestión —terció entonces Cayo Pompeyo—. ¿Qué piensa usted darle de comer? ¿Cómo va a cuidar de él?

Los ojos de la señora Owens eran puro fuego cuando respondió:

—Soy perfectamente capaz de cuidar a este bebé. Y lo haré tan bien como su propia madre. Ella misma me lo dejó a mi cargo. Fíjese: lo tengo en brazos, ¿verdad? Lo estoy tocando.

—Vamos, Betsy, sé razonable —dijo Mamá Slaughter, una anciana muy menuda que aún lucía el enorme gorro y la capa con los que fue enterrada—. ¿Dónde va a vivir?

—Aquí mismo —contestó la señora Owens—. Podríamos concederle la ciudadanía honorífica del cementerio.

Los labios de Mamá Slaughter formaron una diminuta «o».

—Pero... —replicó la anciana—. Pero yo nunca...

—¿Y por qué no?, vamos a ver. No sería la primera vez que le otorgamos esa distinción a un forastero.

—Eso es cierto —dijo Cayo Pompeyo—. Pero el forastero en cuestión no estaba vivo.

Y llegados a este punto, el extraño no tuvo más remedio que darse por aludido, y comprendió que había llegado el momento de intervenir en el debate, de modo que, no sin cierta reticencia por su parte, salió de entre las sombras y tomó la palabra.

—No, no estoy vivo —admitió—. Pero comparto el punto de vista de la señora Owens.

—¿Opina usted lo mismo, Silas? —le preguntó Josiah Worthington.

—Sí, señor. Para bien o para mal, y creo firmemente que será para bien, la señora Owens y su marido han tomado al niño bajo su protección. Pero para sacarlo adelante va a hacer falta mucho más que la generosidad de dos espíritus bondadosos —advirtió Silas—. Va a hacer falta todo un cementerio.

—¿Y qué me dice respecto a la comida y todo lo demás?

—Yo puedo entrar y salir de este lugar. Puedo encargarme de traerle comida —replicó Silas.

—Todo eso que dices suena muy bonito —terció Mamá Slaughter—, pero tú vas y vienes a tu antojo sin dar cuenta a nadie de adónde te diriges ni de cuándo piensas volver. Mas si estuvieras ausente una semana, el niño podría morir.

24 —Es usted una mujer muy perspicaz. Ahora comprendo por qué todos la tienen en tan alta estima —afirmó Silas. Si bien no podía manipular la mente de los muertos como hacía con la de los vivos, era capaz de ser muy persuasivo y adulator cuando se lo proponía, y ya había tomado una decisión—. Muy bien. Si los señores Owens se comprometen a ejercer de padres, yo me comprometo a ser el tutor de este niño. Permaneceré en el cementerio y, si surgiera cualquier eventualidad que me obligara a ausentarme algún tiempo, me encargaría personalmente de buscar a alguien que le trajera comida y se ocupara de él mientras yo esté fuera. —Y añadió—: Podemos utilizar la cripta de la iglesia.

—Pero... —protestó Josiah Worthington—. Pero... Un bebé humano. Un bebé vivo. Vamos a ver, vamos a ver... ¡Vamos a ver! ¡Esto es un cementerio, no una guardería, maldita sea!

—Exactamente —repuso Silas asintiendo—. Eso que acaba de decir es una gran verdad, sir Josiah. Yo mismo no habría sabido expresarlo mejor. Y por esa misma ra-

zón, creo que es de vital importancia que la misión de criar a este niño interfiera lo menos posible —y perdonen ustedes la expresión— con la *vida* del cementerio.

Dicho esto, se acercó a la señora Owens, miró al bebé, que dormía plácidamente en sus brazos y, alzando una ceja, preguntó a la mujer:

—¿Sabe usted si el niño tiene nombre, señora Owens?

—No, la verdad es que su madre no me lo dijo.

—Comprendo —asintió Silas—. En cualquier caso, dadas las circunstancias, no creo que le convenga seguir usando su antiguo nombre. Ahí fuera hay gente que lo busca con intención de hacerle daño. ¿Qué tal si le buscamos uno nuevo?

Cayo Pompeyo se aproximó al niño y, observándolo, comentó:

—Me recuerda un poco al que fuera mi procónsul, Marco. Así que podríamos llamarlo Marco.

—Pues a mí me parece que se da un aire a mi jefe de jardineros, Stebbins. Aunque, desde luego, no creo que este nombre sea el más adecuado para un niño. Aquel hombre era capaz de beberse hasta el agua de los floreros —dijo Josiah Worthington.

—Es igualito que mi sobrino Harry —opinó Mamá Slaughter.

Y cuando ya parecía que todos los habitantes del cementerio iban a lanzarse a sacarle semejanzas al niño con parientes, vecinos o conocidos que llevaban siglos condenados al olvido, la señora Owens decidió zanjar la cuestión.

—Este niño no se parece a nadie —afirmó—. Nadie tiene una carita tan preciosa como la de mi bebé.

—Pues lo llamaremos Nadie —dijo Silas—. Nadie Owens.

Y entonces, como respondiendo al oír su nombre, el niño abrió los ojos y se despertó. Miró alrededor y con-

templó los rostros de los muertos, la niebla y la luna. Miró a Silas, pero ni siquiera parpadeó; lo miraba sin temor y con aire circunspecto.

—¿Y qué clase de nombre es Nadie? —inquirió Mamá Slaughter, escandalizada.

—Su nombre. Y un buen nombre, además —replicó Silas—. Servirá para mantenerlo a salvo.

—A mí déjenme de líos —dijo Josiah Worthington.

El niño miró al baronet y, acto seguido, ya fuera porque tenía hambre, o porque echaba de menos su casa, a su familia, su mundo, se puso a hacer pucheros y rompió a llorar.

—Márchese —aconsejó Cayo Pompeyo a la señora Owens—. Seguiremos dilucidando todo esto sin usted.

26

La señora Owens se sentó a esperar en el banco que había a la puerta de la iglesia. Hacía más de cuarenta años que aquel edificio, de apariencia tan sencilla —una pequeña iglesia con un modesto campanario—, había pasado a formar parte del patrimonio histórico-artístico de la región. El ayuntamiento determinó que saldría demasiado caro restaurarla y, como no era más que una capilla situada en medio de un viejo cementerio en desuso, se limitó a poner un candado en la puerta, confiando en que el tiempo terminaría por derruirla. La hiedra recubría todas las fachadas, pero como los cimientos eran muy sólidos, nadie dudaba que aguantaría en pie otro siglo más.

El niño se había quedado dormido de nuevo entre los brazos de la señora Owens, quien lo mecía suavemente mientras le cantaba una nana, una que solía cantarle su madre cuando ella era pequeña (allá por el tiempo en que los hombres empezaron a usar pelucas empolvadas). La letra de la canción decía así:

Duerme, duerme mi sol,
 duerme hasta que llegue el albor.
 Cuando seas mayor,
 si no me equivoco,
 viajarás por todo el mundo,
 besarás a un príncipe,
 bailarás un poco,
 hallarás tu nombre
 y un tesoro ignoto...

Al llegar a este último verso, la señora Owens descubrió que no se acordaba de cómo terminaba la canción. Le parecía recordar que el verso final decía algo así como «... y una loncha de beicon peludo», pero a lo mejor estaba mezclando las letras de dos canciones, de modo que se puso a cantarle *El hombre de la luna que bajó con demasiada premura* y, después, con su dulce voz de campesina, entonó otra canción más reciente que hablaba de un niño que se estaba comiendo un bizcocho y, hurgando con el dedo, acabó sacándole una pasa. Y poco después, cuando empezaba a cantarle una extensa balada sobre un joven hidalgo al que su enamorada decidió envenenar —sin motivo aparente— con un pez ponzoñoso,¹ apareció Silas con una caja de cartón en la mano.

—Mire lo que le traigo, señora Owens —dijo—. Comida rica y abundante para un niño en edad de crecer.

1. En este párrafo, Gaiman hace referencia a diversas canciones populares inglesas como *The Man in the Moon Came Down Too Soon* o *Little Jack Horner*. Como es habitual en este tipo de canciones, las letras están construidas a base de ripios, por lo que resulta inevitable que al traducirlas suenen doblemente absurdas. (*N. de la T.*)

Podríamos utilizar la cripta como despensa, ¿le parece?

Silas quitó el candado y abrió la cancela de hierro. La señora Owens entró y miró con aprensión los estantes y los bancos destartalados apoyados contra una de las paredes. Los archivos parroquiales estaban guardados en cajas llenas de moho apiladas en un rincón, y al otro lado, tras una puerta abierta, se veía un pequeño servicio victoriano con un retrete y un lavabo con un único grifo de agua fría.

A todo esto el niño abrió los ojos y miró alrededor.

—Éste parece un buen sitio para guardar la comida. Es fresco, y así los alimentos se conservarán mejor —afirmó Silas mientras sacaba un plátano de la caja.

—¿Podrías explicarle a esta pobre vieja qué diantre es eso? —preguntó la señora Owens mirando con suspicacia aquel objeto amarillo con manchas marrones.

—Se llama plátano; es una fruta tropical. Creo que para poder comerlo hay que quitarle la corteza —explicó Silas—. Así.

El niño —Nadie— intentó escapar de los brazos de la señora Owens, y ella lo dejó en el suelo. Gateando como un loco, fue hacia Silas y se le agarró a las perneras del pantalón para ponerse de pie.

Silas le dio el plátano.

Y la señora Owens lo contempló mientras se lo comía.

—Plá-ta-no —silabeó con extrañeza la mujer—. Es la primera vez que oigo hablar de esa fruta. ¿A qué sabe?

—Pues no tengo ni la más remota idea —respondió Silas, cuya dieta incluía un único alimento (y no era el plátano, precisamente)—. Mire, aquí podría usted preparar una cama para el niño.

—De ninguna manera. ¿Cómo le voy a poner una cama aquí, con lo bonita y lo amplia que es la tumba que tenemos Owens y yo junto al macizo de los narcisos? Allí hay sitio más que suficiente para el pequeño. Y ade-

más —añadió temiendo que Silas lo tomara como un *de-saire*—, no quiero que el niño te moleste.

—No sería ninguna molestia.

El bebé se había terminado ya el plátano, aunque algún trozo le había embadurnado el rostro. Él, sin embargo, sonreía satisfecho, con la cara sucia y las mejillas sonrosadas.

—*Pátano* —pronunció la criatura con voz cantarina.

—Pero qué listo es mi niño, ¡y cómo se ha puesto! A ver, déjame que te limpie, galopín... —dijo la señora Owens, y le quitó los pegotes de plátano que le manchaban la ropa y el cabello—. ¿Qué crees que decidirán?

—No lo sé.

—No puedo abandonarlo, y mucho menos después de la promesa que le hice a su madre.

—He sido muchas cosas a lo largo de mi vida —afirmó Silas—, pero madre no he sido nunca. Y no tengo intención de serlo ahora. Pero yo sí puedo marcharme de aquí...

29

—Pues yo no. Mis huesos están enterrados aquí y los de Owens también. Nunca abandonaré este lugar —replicó la señora Owens.

—Debe de ser muy agradable pertenecer a algún lugar, un sitio al que poder llamar hogar.

No se percibía el menor atisbo de nostalgia en su voz; por el contrario, hablaba de forma desapasionada, como si se limitara a constatar un hecho irrefutable. Y la señora Owens no lo rebatió.

—¿Tardarán mucho en decidirse?

—No lo creo —respondió Silas, pero se equivocaba.

Cada uno de los reunidos en el anfiteatro tenía su opinión y quería expresarla. Los que se habían metido en todo este lío no eran unos simples advenedizos, sino los Owens, y ése era un detalle que había que tener muy en cuenta, pues ambos eran gente respetable y respetada. También había que tener en cuenta que Silas se había

ofrecido a ser el tutor del niño (Silas vivía a caballo entre el mundo de los muertos y el de los vivos, y eso influía en que los habitantes del cementerio le tuvieran cierto respeto). Pese a ello...

Normalmente, un cementerio no es una democracia, aunque, por otro lado, no hay nada más democrático que la muerte, así que los muertos tenían derecho a hablar y a decir si estaban a favor o en contra de permitir que el niño se quedara a vivir allí. Y aquella noche, por lo visto, todos estaban decididos a ejercer su derecho.

30 Transcurrían los últimos días del otoño y amanecía tarde. Por eso, era de noche aún, pero ya se oía el ruido de los primeros coches bajando por la colina por entre la niebla matutina y, mientras los vivos se trasladaban a sus lugares de trabajo para comenzar la jornada, los muertos del cementerio seguían hablando del niño y tratando de tomar una decisión. Trescientas voces. Trescientas opiniones. Nehemiah Trot, el poeta, había empezado a exponer su opinión (aunque ninguno de los allí presentes tenía muy claro cuál era) cuando algo sucedió; algo capaz de silenciar a quienes tanto interés mostraban en dar su parecer, algo sin precedentes en la historia del cementerio.

Un formidable caballo blanco —o, como dicen los entendidos, un tordo— se paseaba tranquilamente por la ladera de la colina. Llegó precedido por el ruido de sus cascos y el chasquido de las ramas que iba partiendo a su paso a través de los matorrales de zarzas y aulagas que crecían por toda la ladera. Tenía la alzada de un Shire² —más de metro noventa de altura—, y aunque daba la impresión de ser la montura ideal para un caballero con

2. *Shire* es el nombre de una raza de caballos ingleses de tamaño similar al percherón. (*N. de la T.*)

armadura, quien iba montada sobre su desnudo lomo era una mujer, ataviada de gris de pies a cabeza; la larga falda y la esclavina que vestía parecían tejidas con tela de araña. La expresión de su rostro era plácida y serena.

Sin embargo, no era una desconocida para los muertos del cementerio, pues todos nos encontramos con la Dama de Gris al final de nuestros días, y eso es algo que nunca se olvida.

El caballo se detuvo junto al obelisco. El sol se asomaba tímidamente por oriente, y ese perlino resplandor que precede a la aurora dio pie a que los muertos se sintieran inquietos y los indujo a pensar que había llegado el momento de recogerse en la comodidad de sus hogares. Aun así ninguno de ellos se movió, porque todos contemplaban a la Dama de Gris con una mezcla de emoción y temor. Por lo general, los muertos no son gente supersticiosa, pero la observaban como un augur romano observaría a los cuervos sagrados: buscando sabiduría, buscando una pista que les permitiera adivinar el futuro.

31

Y la Dama de Gris les dirigió la palabra, con una voz como el repiqueteo de un centenar de campanillas de plata:

—Los muertos deben tener caridad. —Y sonrió.

El caballo, que había aprovechado el alto para pastar un poco, dejó de comer. La dama le acarició el cuello, y el animal dio la vuelta y se alejó a medio galope por la ladera de la colina. El estrépito de los cascos se fue atenuando progresivamente hasta convertirse en un leve rumor, como el de un trueno lejano, y en cuestión de segundos, los perdieron de vista definitivamente.

Al menos, eso fue lo que dicen que pasó quienes asistieron aquella noche a la reunión en el anfiteatro.

Dando el debate por concluido, los muertos del ce-

menterio votaron y tomaron una decisión: otorgarían la ciudadanía honorífica del cementerio al niño Nadie Owens.

Mamá Slaughter y Josiah Worthington, baronet, acompañaron al señor Owens hasta la cripta de la vieja capilla para comunicarle a la señora Owens la feliz noticia.

Ella no pareció sorprenderse cuando le contaron que la mismísima Dama de Gris se había presentado allí para interceder por el niño.

—Pues me parece muy bien —dijo—. En este cementerio hay muchos majaderos que no tienen ni medio dedo de frente. Pero ella sí. Ella sí que sabe.

32

El día amaneció nublado y tormentoso, y para entonces el niño dormía ya en la acogedora y elegante tumba de los Owens (el señor Owens murió siendo el presidente del gremio local de ebanistas, y sus colegas quisieron honrarlo debidamente).

Silas determinó hacer una última escapada antes del amanecer. Fue hasta la casa donde había vivido el niño con su familia, y allí se encontró con tres cadáveres; los examinó y estudió el tipo de las heridas causadas por el puñal. Una vez concluidas las averiguaciones, abandonó la casa, abrumado por la avalancha de funestas hipótesis que el cerebro le sugería, y regresó al cementerio, en concreto al campanario donde solía dormir mientras esperaba a que se hiciera de noche.

Por otra parte, en la pequeña ciudad situada al pie de la colina, la mala sangre del hombre Jack se exacerbaba por momentos. Llevaba mucho tiempo esperando a que llegara aquella noche; suponía la culminación de muchos meses —años— de trabajo. Fue tan fácil al principio... Li-

quidó a tres personas sin que emitieran ni un solo grito. Pero después...

Después se torció todo. ¿Por qué demonios fue colina arriba cuando era obvio que el niño había huido en dirección contraria? Para cuando llegó al pie de la colina, el rastro se había evaporado. Alguien debía de haber encontrado al bebé y, seguramente, se lo había llevado a su casa. No había otra explicación posible.

De repente se oyó el retumbar de un trueno y se puso a llover a cántaros. El hombre Jack era un tipo metódico, así que empezó a planear su próximo movimiento: antes de nada llamaría a algunos de los conocidos que tenía en la ciudad; ellos serían sus ojos y sus oídos.

No tenía por qué comunicar su fracaso a la asamblea.

Y además, se dijo, mientras se demoraba bajo el toldo de una tienda para resguardarse un poco de la lluvia matutina, él no había fracasado. Todavía no... Por muchos años que pasaran. Tenía mucho tiempo; tiempo para atar bien atado el cabo que había quedado suelto; tiempo para cortar el último hilo.

Fue necesario que oyera las sirenas de un coche de la policía, viera un vehículo policial, una ambulancia y un coche de la secreta, cuyas alarmas sonaban a todo trapo, para que se levantara el cuello del abrigo, enterrara el rostro en él y se perdiera por las callejuelas de la ciudad. Llevaba el puñal en el bolsillo, guardadito en su funda, bien protegido de la inclemencia de los elementos.

Capítulo 2

Una nueva amiga

Nad era un niño callado, de ojos grises y abundante cabello, de tono pardusco, siempre alborotado. En general era obediente. Pero tan pronto como aprendió a hablar, acosó a los habitantes del cementerio con toda clase de preguntas: «¿Por qué no puedo salir de aquí?», «¿cómo se hace eso que ha *hacido* él?», «¿quién vive aquí?». Los adultos trataban de responderles, pero las respuestas eran evasivas, confusas o contradictorias, y entonces Nad bajaba hasta la vieja iglesia para hablar con Silas.

Cuando Silas despertaba al caer el sol, se lo encontraba allí, esperándolo.

Siempre podía contar con su tutor para que le explicara las cosas de forma clara y precisa y con la sencillez suficiente para entenderlas:

—No puedes salir del cementerio porque sólo dentro de él somos capaces de protegerte (y, por cierto, se dice «hecho», en vez de «*hacido*»). Es aquí donde vives y donde también vive la gente que te quiere y se preocupa por ti. Fuera de él no estarías a salvo. Al menos, de momento.

—Pero tú sí sales. Sales todas las noches.

—Yo soy infinitamente más viejo que tú, amiguito. Y puedo ir a cualquier parte sin tener que preocuparme de nada.

—Y yo también.

—Ojalá fuera eso cierto. Pero sólo estarás seguro si te quedas aquí.

O bien le decía:

—¿Qué cómo se hace eso? Verás, hay ciertas habilidades que se adquieren por medio del estudio, otras con la práctica, y otras con el tiempo. Seguramente, no tardarás mucho en dominar las técnicas de la Desaparición, del Deslizamiento y la de Caminar en Sueños. Pero hay otras facultades que no están al alcance de los vivos, y, para desarrollarlas, tendrás que esperar un poco más. Sin embargo, estoy completamente convencido de que, a la larga, hasta éstas acabarás por dominarlas.

36

»En cualquier caso, te concedieron la ciudadanía honorífica, de modo que estás bajo la protección del cementerio. Mientras permanezcas dentro de sus límites, podrás ver en la oscuridad, moverte con libertad por lugares que, normalmente, les están vetados a los vivos, y serás invisible a los ojos de éstos. A mí también me otorgaron esa distinción, aunque en mi caso el único privilegio que lleva asociado es el derecho a residir en el cementerio.

—Yo de mayor quiero ser como tú —dijo Nad tirándose del labio inferior.

—No —replicó rotundamente Silas—. No quieres ser como yo.

O bien le preguntaba:

—¿Quieres saber quién está enterrado ahí? Pues mira, fíjate, normalmente está escrito en la lápida. ¿Sabes leer? ¿Te han enseñado el alfabeto ya?

—¿El *alfaqué*?

Silas negó con la cabeza, pero no dijo nada. Los señores Owens no tuvieron ocasión de aprender a leer con fluidez cuando estaban vivos y, además, en el cementerio no había cartillas de lectura.

A la noche siguiente, Silas se presentó en la acogedora tumba de los Owens con tres libros de gran tamaño —dos cartillas de lectura con las letras impresas en colores muy vivos (A de Árbol, B de Barco) y un ejemplar de *El gato Garabato*. También llevaba papel y un estuche con lápices de colores. Y con todo ese material, se llevó a Nad a dar un paseo por el cementerio. De vez en cuando, se agachaban junto a alguna de las lápidas más nuevas, y Silas colocaba los dedos de Nad sobre las inscripciones grabadas en la piedra y le enseñaba a reconocer las letras del alfabeto, empezando por la puntiaguda A mayúscula.

Luego le impuso una tarea: localizar todas y cada una de las letras que componen el alfabeto en las lápidas del cementerio. Y Nad, muy contento, logró completarla gracias al descubrimiento de la lápida de Ezekiel Ulmsley, situada sobre un nicho en uno de los laterales de la vieja capilla. Su tutor quedó muy satisfecho.

37

Todos los días Nad cogía el papel y los lápices y paseaba entre las tumbas, copiando con esmero los nombres, palabras y números grabados en las lápidas y, por las noches, antes de que Silas abandonara el cementerio, le pedía a su tutor que le explicara el significado de lo que había escrito, y le hacía traducir los fragmentos en latín, pues los Owens tampoco los entendían.

Aquél era un día de primavera muy soleado; los abejorros zumbaban entre las aulagas y los jacintos silvestres que crecían en un rincón del cementerio, mientras Nad, tumbado en la hierba, observaba las idas y venidas de un escarabajo que correteaba por la lápida de George Reeder, su esposa Dorcas y su hijo Sebastian, (*Fidelis ad*

mortem). El niño había terminado de copiar la inscripción y estaba absorto observando al escarabajo cuando oyó una voz que decía:

—Hola. ¿Qué estás haciendo?

Alzó la vista y vio que había alguien detrás de la mata de aulagas.

—Nada —replicó Nad, y le sacó la lengua.

Por un momento, la cara que se veía por entre las aulagas se transformó en una especie de basilisco de ojos desorbitados que también le sacaba la lengua, pero enseguida volvió a adoptar la apariencia de una niña.

—¡Increíble! —exclamó Nad, visiblemente impresionado.

—Pues sé poner caras mucho mejores. Mira ésta —dijo la niña, y estiró la nariz hacia arriba con un dedo mientras sonreía de oreja a oreja, entornaba los ojos e hinchaba los mofletes—. ¿Quién soy?

38

—No sé.

—Un cerdo, tonto.

—¡Ah! —exclamó Nad, y preguntó—. ¿Cómo en C de Cerdo?

—Pues claro. Espera un momento.

La niña salió de detrás de las aulagas y se le acercó; Nad se puso en pie para recibirla. Era un poco mayor que él, algo más alta, y los colores de su ropa eran muy llamativos: amarillo, rosa y naranja. En cambio, Nad, envuelto en su humilde sábana, se sintió incómodo con su aspecto gris y desaliñado.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber la niña—. ¿Qué haces aquí? ¿Vives aquí? ¿Cómo te llamas?

—No lo sé —respondió Nad.

—¿No sabes cuál es tu nombre? ¡Cómo no vas a saberlo! Todo el mundo sabe cómo se llama. Trolero.

—Sé perfectamente cómo me llamo y también sé lo

que estoy haciendo aquí. Lo que no sé es eso último que has dicho.

—¿Los años que tienes?

Nad asintió.

—A ver —dijo la niña—, ¿cuántos tenías en tu último cumpleaños?

—No sé. Nunca he tenido cumpleaños.

—Todo el mundo tiene cumpleaños. ¿Me estás diciendo que nunca has apagado las velas, ni te han regalado una tarta y todo eso?

Nad negó con la cabeza. La niña lo miró con ternura.

—Pobrecito, qué pena. Yo tengo cinco años, y seguro que tú también.

Nad asintió con entusiasmo. No tenía la más mínima intención de discutir con su nueva amiga; su compañía lo reconfortaba.

Le dijo que se llamaba Scarlett Amber Perkins, y que vivía en un piso que no tenía jardín. Su madre estaba sentada en un banco al pie de la colina, leyendo una revista, y le había dicho a Scarlett que debía estar de vuelta en media hora para hacer un poco de ejercicio, y no meterse en líos ni hablar con desconocidos.

—Yo soy un desconocido —dijo Nad.

—No, qué va —replicó ella sin vacilar—. Eres un niño. Y además eres mi amigo, así que no puedes ser un desconocido.

Nad no sonreía mucho, pero en aquel momento sonrió de oreja a oreja y con verdadera alegría.

—Sí, soy tu amigo.

—¿Y cómo te llamas?

—Nad. De Nadie.

La niña se echó a reír y comentó:

—Qué nombre tan raro. ¿Y qué estabas haciendo?

—Letras. Estoy copiando las letras de las lápidas.

—¿Me dejas que te ayude?

En un primer momento, Nad sintió el impulso de negarse —eran sus lápidas, ¿no?—, pero enseguida se dio cuenta de que era una tontería, y pensó que hay cosas que pueden resultar más divertidas si se hacen a la luz del día y con un amigo. Así que dijo:

—Vale.

Se pusieron a copiar los nombres que había en las lápidas; Scarlett le enseñaba a Nad a pronunciar las palabras y los nombres que no conocía, y él le enseñaba a su nueva amiga lo que significaban las palabras que estaban en latín, aunque sólo sabía algunas de ellas. Perdieron la noción del tiempo y les pareció que no había pasado ni un minuto cuando oyeron una voz que gritaba: «¡Scarlett!».

La niña le devolvió rápidamente los lápices y el papel.

40 —Tengo que irme —le dijo.

—Nos veremos otro día —replicó Nad—. Porque volveremos a vernos, ¿verdad?

—¿Dónde vives? —preguntó ella.

—Pues, aquí —respondió Nad, y se quedó mirándola mientras se alejaba corriendo colina abajo.

De camino a casa, Scarlett le contó a su madre que había conocido a un niño que se llamaba Nad y vivía en el cementerio, y que había estado jugando con él; por la noche, la mamá de Scarlett se lo contó al papá de Scarlett, y él le dijo que, según tenía entendido, era bastante habitual que los niños de esa edad se inventaran amigos imaginarios, y que no tenía de qué preocuparse, y que eran muy afortunados por el hecho de tener una reserva natural tan cerca de su casa.

Excepto en aquel primer encuentro, Scarlett no volvió a ver a Nad sin que él la descubriera primero. Los días que no llovía, su padre o su madre la llevaban al cemen-

terio, y quien fuera que la acompañara se sentaba en un banco a leer mientras ella correteaba por el sendero, alegrando el paisaje con sus vistosas ropas de color verde fosforito, o naranja, o rosa. Después —más temprano que tarde— se encontraba ante una carita de expresión muy seria y ojos grises que, bajo una mata de cabello pardusco y alborotado, la miraban fijamente y, entonces, Nad y ella se ponían a jugar; jugaban al escondite, o a trepar por ahí, o a observar discretamente a los conejos que había detrás de la vieja iglesia.

Nad le presentó a Scarlett a algunos de sus otros amigos, aunque a la niña no parecía importarle el hecho de no verlos. Sus padres le habían insistido tanto con eso de que Nad era un niño imaginario, pero que no pasaba absolutamente nada porque tuviera un amigo de ese tipo (incluso los primeros días su madre se empeñaba en poner en la mesa un cubierto más, para Nad), que a Scarlett le pareció de lo más normal que el niño tuviera sus propios amigos imaginarios. Él se encargaba de transmitirle lo que éstos comentaban.

41

—Bartelmy dice que si por un acaso habéis metido la testa en jugo de ciruelas —decía.

—Pues lo mismo le digo. ¿Y por qué habla de esa forma tan rara? ¿Qué dice de una cesta? Yo no tengo ninguna cesta.

—Testa, no cesta. Quiere decir la cabeza —le explicó Nad—. Y no habla raro, es que es de otra época. Entonces hablaban así.

Scarlett estaba encantada. Era una niña muy lista que pasaba demasiado tiempo sola. Su madre era profesora de lengua y literatura para una universidad a distancia, por lo que no conocía personalmente a ninguno de sus alumnos, que le enviaban sus trabajos por correo electrónico. Ella los corregía y se los devolvía por correo electrónico tam-

bién, felicitándolos cuando lo hacían bien, o indicándoles lo que debían mejorar. Por su parte, el padre de Scarlett era profesor de física de partículas; el problema, le explicó a Nad, era que había demasiada gente que quería enseñar física de partículas y muy pocos interesados en aprenderla, y por eso, ellos se pasaban la vida mudándose de una ciudad a otra, porque siempre que su padre aceptaba un trabajo nuevo confiaba en que acabarían dándole una plaza fija, pero al final nunca se la concedían.

—¿Qué es eso de la física de partículas? —le preguntó Nad.

Scarlett se encogió de hombros y replicó:

—Pues, verás... Están los átomos, que son unas cositas tan pequeñas, tan pequeñas que no se pueden ver, y que es de lo que estamos hechos, ¿no? Pero, además, hay cosas que son todavía más pequeñas que los átomos, y eso es la física de partículas.

42

Nad asintió y llegó a la conclusión de que al padre de Scarlett debían de interesarle las cosas imaginarias.

Todas las tardes, ambos niños paseaban juntos por el cementerio, iban pasando un dedo por las letras grabadas en las lápidas para descifrar las palabras allí escritas y, a continuación, las copiaban en el papel. Nad le contaba a Scarlett lo que sabía de la gente que habitaba cada tumba o mausoleo, y ella le explicaba cuentos, o le hablaba del mundo que había más allá de la verja del cementerio: los coches, los autobuses, la televisión, los aviones (Nad los había visto volar por el cielo y creía que eran unos pájaros de plata que hacían mucho ruido, pero hasta ese momento no había sentido la menor curiosidad por saber algo más de ellos). El niño, por su parte, también le contaba cosas sobre las distintas épocas en que habían vivido las personas que estaban enterradas en aquellas tumbas; le habló, por ejemplo, de Sebastian Reeder que había es-

tado una vez en Londres y había visto a la reina; ésta era una señora gorda con gorro de piel que miraba a todo el mundo por encima del hombro y no hablaba inglés. Sebastian Reeder no se acordaba ya de qué reina era la que había visto, pero le parecía recordar que no había reinado mucho tiempo.

—¿Y en qué año fue eso? —preguntó Scarlett.

—Pues, antes de 1583, porque en su lápida dice que murió ese año.

—¿Quién es el más viejo de todos los que están enterrados en este cementerio?

Nad reflexionó unos segundos, con el entrecejo fruncido, antes de responder:

—Seguramente, Cayo Pompeyo. Se presentó aquí cien años después de que llegaran los primeros romanos; me ha hablado de eso alguna vez. Le gustaban mucho las calzadas.

—¿Y es el más viejo de todos?

—Me parece que sí.

—¿Podemos jugar a las casitas en esa casa de piedra?

—No puedes entrar; está cerrada con llave. Todas lo están.

—¿Y tú sí puedes entrar?

—Claro que sí.

—¿Y por qué yo no?

—Son cosas de este lugar. Yo tengo la ciudadanía del cementerio, y por eso puedo entrar en todas partes.

—Yo quiero jugar a las casitas en esa casa de piedra.

—No puedes, ya te lo he dicho.

—Pues eres muy malo.

—No.

—Malísimo.

—No.

Scarlett metió las manos en los bolsillos de su anorak

y echó a andar colina abajo sin despedirse siquiera, convencida de que Nad le ocultaba algo, pero sospechando al mismo tiempo que no estaba siendo justa con él, cosa que le fastidiaba todavía más.

Aquella noche, mientras cenaban, les preguntó a sus padres si había habido gente viviendo en Inglaterra antes de que llegaran los romanos.

—¿Dónde has oído tú hablar de los romanos? —quiso saber su padre.

—Todo el mundo sabe lo de los romanos —respondió ella, muy repipi—. Bueno, ¿había alguien, o no?

—Estaban los celtas —dijo su madre—. Ellos ya vivían aquí cuando llegaron los romanos; fue el pueblo que tuvieron que conquistar.

En el banco de al lado de la iglesia, Nad sostenía una conversación similar.

44

—¿El más viejo, dices? —dijo Silas—. Pues la verdad es que no lo sé, Nad. El más viejo de los que yo conozco es Cayo Pompeyo. Pero ya había gente viviendo aquí antes de la llegada de los romanos. Hubo diversos pueblos que se establecieron en este país mucho antes de que vieran los romanos. ¿Qué tal vas con las letras?

—Bien, creo. ¿Cuándo me vas a enseñar a escribir todo seguido?

Silas reflexionó unos instantes y dijo:

—Hay personas muy cultas enterradas en este lugar, y estoy seguro de que podré convencer a algunas de ellas para que te den clase. Haré unas cuantas pesquisas.

Nad se puso como loco y se imaginó un futuro en el que podría leer cualquier cosa, un futuro lleno de cuentos por descubrir.

En cuanto Silas abandonó el cementerio para ocuparse de sus cosas, el niño se acercó al sauce que había junto a la vieja capilla y llamó a Cayo Pompeyo.

El provector romano salió de su tumba bostezando.
—¡Ah, eres tú, el niño vivo! —exclamó—. ¿Cómo estás, niño vivo?

—Muy bien, señor.

—Estupendo, me alegro mucho.

El cabello del romano se veía blanco bajo la luz de la luna; el anciano llevaba puesta la toga con la que lo habían enterrado, además de una gruesa camiseta y un calzón largo debajo, porque hacía mucho frío en aquel rincón del mundo; de hecho, el único lugar en el que había pasado más frío que allí había sido en Hibernia, un poco más al norte, donde los hombres parecían más animales que humanos y se cubrían el cuerpo con pieles de color naranja; eran tan salvajes que ni siquiera los romanos lograron conquistarlos, así que simplemente construyeron un muro para dejarlos confinados en su invierno perpetuo.

—¿Es usted el más viejo? —le preguntó Nad.

—¿Quieres decir el más viejo del cementerio? Sí, en efecto.

—Entonces, ¿fue usted el primero en ser enterrado aquí?

El romano vaciló un momento, y respondió:

—Prácticamente el primero. Hubo otro pueblo que se estableció en la isla antes que los celtas. Uno de ellos fue enterrado aquí.

—¡Ah! —Nad se quedó pensando un instante—. ¿Y dónde está su tumba?

Cayo señaló hacia la cumbre de la colina.

—¿Allí arriba? —cuestionó Nad.

Cayo negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—En la colina —dijo el romano revolviéndole el pelo al chiquillo—, en el interior de la colina. Verás, yo fui traído aquí por mis amigos, y detrás iban las autoridades

locales y los mimos, portando las máscaras funerarias de mi mujer, que murió a causa de una fiebre en Camulodunum, y de mi padre, muerto en una escaramuza fronteriza en la Galia. Trescientos años después de mi fallecimiento, un granjero que buscaba nuevos pastos para su ganado descubrió la roca que cubría la entrada, la apartó y se adentró en las entrañas de la colina, pensando que a lo mejor encontraba un tesoro escondido. Salió poco tiempo después, pero sus negros cabellos se habían vuelto tan blancos como los míos...

—¿Qué fue lo que vio?

Cayo tardó unos segundos en contestar:

—Nunca explicó nada y no volvió a entrar jamás. Colocaron de nuevo la roca en su sitio y, con el tiempo, la gente se olvidó. Pero posteriormente, hace doscientos años, cuando construyeron el panteón de Frobisher, encontraron la roca otra vez. El joven que la descubrió soñaba con hacerse rico, así que no se lo dijo a nadie, y tapó la entrada con el ataúd de Ephraim Pettyfer. Una noche, creyendo que nadie lo veía, se decidió a bajar.

—¿Y tenía el pelo blanco cuando salió?

—No salió nunca.

—Hum. ¡Vaya! Entonces, ¿sigue ahí dentro?

—No lo sé, joven Owens. Pero yo lo percibí, hace mucho tiempo, cuando este lugar estaba vacío. Noté que había algo allí, en el interior de la colina, esperando.

—¿Y qué es lo que esperaba?

—Yo únicamente percibí que esperaba, nada más —afirmó Cayo Pompeyo.

Scarlett llevaba un enorme libro ilustrado; se sentó junto a su madre en el banco verde, situado junto a la puerta del cementerio, y se puso a leer mientras su ma-

dre hojeaba un suplemento educativo. Scarlett disfrutaba del sol primaveral mientras trataba de ignorar al niño que le hacía gestos, en primer lugar desde detrás de un monumento cubierto de hiedra, y después, cuando ella decidió no volver a mirar en esa dirección, desde detrás de una lápida sobre la que apareció por sorpresa, gesticulando frenéticamente, pero la niña lo ignoró.

Por fin dejó el libro sobre el banco.

—Mami, me voy a dar una vuelta.

—Pero no te apartes del sendero, cariño.

Siguió por el sendero hasta doblar la esquina, y vio que Nad le hacía señas desde un poco más arriba. Ella le sacó la lengua y le dijo:

—He averiguado algunas cosas.

—Yo también —replicó Nad.

—Hubo otro pueblo antes de los romanos —explicó Scarlett—. Mucho antes. Quiero decir que vivieron aquí, y cuando morían, los enterraban en estas colinas, con tesoros y cosas así. Se llamaban túmulos.

—Claro. Eso lo explica todo. ¿Quieres ver uno?

—¿Ahora? —Scarlett no parecía muy decidida—. Es una trola; tú no tienes ni idea de dónde hay uno, ¿a que no? Y, además, ya sabes que hay sitios donde yo no puedo entrar.

Scarlett lo había visto atravesar las paredes, como si fuera una sombra.

Sacando una gigantesca y oxidada llave de hierro, Nad dijo:

—La encontré en la capilla, y creo que abre casi todas las puertas de ahí arriba. Usaban la misma llave para todas ellas; por comodidad, ¿sabes?

Los niños subieron juntos la empinada cuesta.

—¿Seguro que me estás diciendo la verdad?

Nad asintió, con una tímida sonrisa de felicidad.

—¡Vamos! —le dijo a Scarlett.

Era un perfecto día de primavera: el aire vibraba con el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas; los narcisos se mecían con la brisa, así como algunos lirios tempraneros que salpicaban la ladera, y el azul de las nomeolvides y el amarillo de las redondas primulas destacaban sobre el verde tapiz de hierba. Los niños continuaron subiendo hasta el pequeño mausoleo de Frobisher.

De diseño sencillo y anticuado, representaba una casita de piedra con una verja de metal que hacía las veces de puerta. Nad la abrió con la llave y entraron.

—Se trata de un agujero —explicó Nad—, o de una puerta. Está detrás de uno de los ataúdes.

Encontraron la entrada detrás de un ataúd situado en la repisa del fondo; era un agujero muy pequeño, tanto que había que tumbarse en el suelo para poder entrar.

48 —Es ahí abajo —dijo Nad—. Tenemos que bajar por ahí.

Así las cosas, a Scarlett ya no le pareció tan divertida aquella aventura, de modo que objetó:

—Está muy oscuro. No vamos a ver nada.

—Yo no necesito luz para ver. Al menos, dentro del cementerio.

—Pero yo sí. Y está muy oscuro.

Nad se puso a pensar en qué le diría a su amiga para tranquilizarla, algo como: «Ahí abajo no hay nada malo», pero con lo que Cayo Pompeyo le había contado sobre aquel hombre que salió del interior de la colina con el cabello encanecido, y aquel otro que nunca volvió a aparecer, era consciente de que no podía pronunciar una frase como ésa sin sentirse culpable, así que al fin determinó:

—Bajaré yo. Tú espérame aquí.

—¿Me vas a dejar sola? —lo interpeló la niña con el entrecejo fruncido.

—Bajo rápido a ver quién hay ahí y subo enseguida a contártelo todo.

Nad se tumbó en el suelo y se introdujo a gatas por el agujero. Dentro había espacio suficiente para ponerse de pie, y distinguió también unos escalones cavados en la propia roca.

—Ahora voy a bajar por la escalera —anunció.

—¿Hay que bajar mucho?

—Yo diría que sí.

—Si me llevas de la mano y me vas diciendo dónde poner los pies —dijo Scarlett—, iré contigo. Pero tienes que ayudarme para que no me caiga.

—Vale —aceptó Nad, y la niña se echó al suelo y también entró a gatas por el agujero.

—Puedes ponerte de pie —le dijo Nad cogiéndola de la mano—. Justo aquí empiezan los escalones. Sólo tienes que dar un paso más. Eso es. Espera, deja que yo baje delante.

—¿De verdad puedes ver estando todo tan oscuro?

—No tan bien como a plena luz, pero sí veo.

Bajaron por la escalera hacia el interior de la colina, Nad guiaba a Scarlett para que no tropezara y, mientras, le iba describiendo lo que veía.

—La escalera continúa. Los escalones son de piedra y el techo, también. Y en esta pared hay un dibujo.

—¿Cómo es?

—Una C de Cerdo grande y peluda, me parece. Y tiene cuernos. También hay otro dibujo, como un nudo o algo así. Pero no sólo está pintado, sino grabado en la roca, ¿lo notas? —Y colocó los dedos de la niña sobre el dibujo.

—¡Sí, es verdad! —exclamó ella.

—A partir de aquí los escalones se hacen más grandes. Estamos llegando a un espacio amplio, como una habitación, pero la escalera sigue bajando. No te muevas.

Vale, ahora yo estoy exactamente entre ese espacio amplio y tú. Ve tocando la pared con la mano izquierda.

Los niños siguieron bajando.

—Un escalón más y llegamos al suelo —dijo Nad—. Ten cuidado, no es del todo liso.

Aquella última estancia era pequeña. Había una laja de piedra en el suelo y una repisa baja en un rincón, con varios objetos pequeños encima; huesos, huesos muy viejos, se esparcían por el suelo, aunque delante mismo de los escalones Nad encontró un cadáver, vestido con los harapos de un abrigo largo marrón.

«El joven que soñaba con hacerse rico —pensó el niño—. Seguro que se resbaló y cayó rodando por la escalera.»

Oyeron una especie de siseo alrededor, como una serpiente avanzando sobre un lecho de hojas secas. Scarlett le apretó la mano.

50

—¿Qué es eso? ¿Ves algo?

—No.

La niña gimió levemente; entonces Nad vio algo y, sin necesidad de preguntar, supo de inmediato que ella también lo veía.

Gracias a una luz que había al final de la estancia, distinguieron a un hombre que caminaba hacia ellos, y Nad oyó que Scarlett ahogaba un grito.

El hombre parecía bien conservado, pero era evidente que hacía mucho tiempo que había muerto. Su piel estaba totalmente recubierta de dibujos (pensó Nad) o de tatuajes (pensó Scarlett), y alrededor del cuello llevaba un collar de largos y afilados dientes.

—¡Soy el dueño y señor de este lugar! —exclamó el hombre, pero sus palabras sonaban tan cascadas y guturales que casi no parecían palabras—. ¡Guardo este lugar de todo aquel que quiera destruirlo!

Sus ojos eran enormes, pero Nad se fijó en que daba esa impresión porque los rodeaba un círculo de color azulado, y la cara le adquiría un aspecto semejante al de un búho.

—¿Quién eres? —preguntó Nad apretando con fuerza la mano de Scarlett.

El Hombre Índigo hizo oídos sordos a la pregunta y se limitó a mirarlos con aire feroz.

—¡Abandonad este lugar enseguida! —La mente de Nad percibió estas palabras, palabras que de nuevo le sonaron como un gruñido gutural.

—¿Nos va a hacer algo malo? —preguntó Scarlett.

—No lo creo —repuso Nad. Luego le habló al Hombre Índigo tal como le habían enseñado—. Debes saber que poseo la ciudadanía de este cementerio y puedo ir a donde yo quiera.

El Hombre Índigo no reaccionó en absoluto, y este hecho desconcertó por completo a Nad, porque hasta los habitantes más irascibles del cementerio se habrían calmado al escuchar esta declaración. Entonces el niño preguntó:

—Scarlett, ¿tú lo ves?

—Pues claro que lo veo. Es un hombre grande y peligroso, lleno de tatuajes, y quiere matarnos. ¡Nad, dile que se vaya!

Nad miró los restos del hombre del abrigo marrón. A su lado, en el suelo, había un farol que se había roto al caer al suelo.

—Intentó salir corriendo —dijo en voz alta—. Salió corriendo porque tenía miedo. Y resbaló o tropezó con los escalones y se cayó.

—¿De quién hablas?

—Del hombre que está tirado en el suelo.

Daba la impresión de que Scarlett estaba muy enfadada, además de perpleja y asustada.

—¿Qué hombre? Yo no veo más hombre que el tipo ese de los tatuajes.

Y entonces, como si quisiera asegurarse de que los niños se daban cuenta de que estaba allí, el Hombre Índigo echó hacia atrás la cabeza y profirió una serie de gritos y quiebros tan terroríficos, que Scarlett apretó la mano de Nad hasta clavarle las uñas.

Nad, sin embargo, ya no estaba asustado.

—Me arrepiento de haber dicho que eran imaginarios —aseguró Scarlett—. Ahora sí creo en ellos; son reales.

A todo esto el Hombre Índigo levantó los brazos sosteniendo algo en las manos; parecía una piedra plana y muy afilada.

—¡Todos los que invadan este lugar morirán! —gritó con su extraña voz gutural.

52 Nad recordó al hombre cuyos cabellos se le volvieron blancos después de entrar en la cueva, y que nunca quiso volver allí ni hablar de lo que había visto.

—No —dijo Nad—, creo que tenías razón. Me parece que éste sí lo es.

—¿Es qué?

—Imaginario.

—No digas tonterías —dijo Scarlett—. Lo estoy viendo.

—Justo —afirmó Nad—, pero resulta que tú no puedes ver a los muertos. —Echó un vistazo alrededor y dijo en voz alta—: Ya puedes dejar este jueguito. Sabemos que no eres real.

—¡Te voy a comer el hígado! —aulló el Hombre Índigo.

—¡No, tú no te vas a comer nada! —exclamó Scarlett con un aspaviento—. Nad tiene razón. —Y volviéndose hacia el niño, le dijo—: Estoy pensando que a lo mejor es un espantapájaros.

—¿Qué es un espantapájaros? —preguntó Nad.

—Es una cosa que los agricultores ponen en los sembrados para espantar a los pájaros.

—¿Y por qué lo hacen? —A Nad le gustaban los pájaros. Le parecían unos animalitos muy curiosos y, además, ayudaban a mantener limpio el cementerio.

—Pues no lo sé muy bien; se lo preguntaré a mamá. Pero una vez vi uno desde el tren, y pregunté qué era. Los pájaros creen que es una persona de verdad, pero no lo es. Es una especie de muñeco que parece una persona y sirve para espantar a los pájaros.

Nad volvió a mirar en derredor, y dijo:

—Seas quien seas, no sirve de nada. No nos asusta nada. Sabemos que todo esto no es real, así que detente de una vez.

El Hombre Índigo se detuvo. Se subió a la laja de piedra y se tumbó sobre ella. Y, de pronto, desapareció.

53

Scarlett notó cómo la cámara se sumía una vez más en la oscuridad. Pero aun en la penumbra, percibió otra vez aquel sonido envolvente que iba aumentando de volumen, como si hubiera algo dando vueltas alrededor de la cueva.

Entonces una voz dijo:

—SOMOS EL SANGUINARIO.

A Nad se le erizaron los pelos de la nuca. La voz que oía en su mente sonaba muy cascada y desapacible, como la caricia de una rama seca en el cristal de la capilla, y tuvo la impresión de que había varias voces hablando al unísono.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Scarlett.

—Yo no he oído nada, tan sólo percibo un sonido resbaloso y tengo una sensación muy rara, parecida a un nudo en el estómago. Como si fuera a pasar algo horrible.

—No va a pasar nada horrible —aseguró Nad. Y luego, en voz alta, preguntó—. ¿Qué sois?

—SOMOS EL SANGUINARIO. CUSTODIAMOS Y PROTEGEMOS.

—¿Y qué es lo que protegéis?

—EL LUGAR DONDE DESCANSA EL AMO. ÉSTE ES EL MÁS SAGRADO DE TODOS LOS LUGARES SAGRADOS, Y EL SANGUINARIO LO GUARDA.

—No podéis tocarnos —dijo Nad—. Lo único que sois capaces de hacer es asustar.

Las voces sonaban muy malhumoradas:

—EL MIEDO ES UNA DE LAS ARMAS DEL SANGUINARIO.

—¿Acaso ese viejo broche, una copa y un pequeño puñal de piedra son los tesoros de tu amo? —preguntó Nad mirando hacia la repisa—. No tienen muy buen aspecto que digamos.

—EL SANGUINARIO GUARDA LOS TESOROS: EL BROCHE, EL CÁLIZ Y EL PUÑAL. NOS LOS GUARDAMOS HASTA QUE EL AMO RETORNE. PORQUE RETORNA, SIEMPRE RETORNA.

54

—¿Cuántos sois?

Pero el Sanguinario no respondió. Nad tenía la sensación de que su cerebro estaba lleno de telarañas, así que meneó la cabeza con fuerza para intentar despejarse. Luego apretó la mano de Scarlett.

—Deberíamos irnos —le dijo.

La condujo hasta la escalera, sorteando el cadáver del abrigo marrón, y al reparar en él pensó: «Francamente, si este hombre no se hubiera asustado ni caído por la escalera, se habría decepcionado mucho al descubrir que aquí no había ningún tesoro.» Los tesoros de hace diez mil años no eran como los de hoy en día. El niño guio a Scarlett con mucho cuidado para que no tropezara al subir la escalera y, por fin, llegaron a la salida, en el mausoleo de Frobisher.

El sol de finales de primavera se colaba por entre los barrotes de la verja y las grietas de las paredes, y ante

aquel resplandor tan intenso e inesperado, Scarlett tuvo que taparse los ojos. Los pájaros cantaban entre la maleza, un abejorro pasó zumbando por su lado... todo era sorprendentemente normal.

Nad abrió la verja del mausoleo y, una vez fuera, volvió a cerrarla con llave.

Las vistosas ropas de Scarlett estaban llenas de mugre y telarañas, y la cara y las manos, de piel tostada, tenían tanto polvo que parecían blancas.

Un poco más abajo, alguien —unos cuantos álguienes— gritaba. Gritaban a voz en cuello, gritaban con desesperación.

Alguien preguntó:

—¿Scarlett? ¿Eres Scarlett Perkins?

Y Scarlett contestó:

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa?

Y antes de que ella o Nad tuvieran tiempo de comentar lo que habían visto en la cueva, o de hablar del Hombre Índigo, apareció una mujer, luciendo una chaqueta fluorescente con la palabra POLICÍA escrita en la espalda, que le preguntó a Scarlett si estaba bien, dónde había estado metida y si alguien había intentado secuestrarla; a continuación se puso a hablar por radio para informar de que había encontrado a la niña.

Nad se unió discretamente a ellas y, juntos, iniciaron el descenso. La puerta de la capilla estaba abierta, y los padres de Scarlett esperaban dentro, acompañados por otra policía femenina; la madre estaba hecha un mar de lágrimas, y el padre hablaba por el móvil. Ninguno de ellos advirtió la presencia de Nad, que los observaba desde un rincón de la capilla.

Le preguntaron a Scarlett qué le había pasado, y ella respondió con tanta sinceridad como le fue posible; les habló de un niño llamado Nadie que la había llevado al

interior de la colina, donde todo estaba oscuro y se les había aparecido un hombre con muchos tatuajes, pero no era un hombre de verdad, sino un espantapájaros. Le dieron una chocolatina y le limpiaron la cara, y le preguntaron si el hombre de los tatuajes iba en moto. Los padres de Scarlett, una vez pasado el susto y la preocupación, estaban muy enfadados entre sí y también con Scarlett, y se culpaban mutuamente por dejar que la niña jugara en un cementerio, por mucho que fuera una reserva natural, y decían que hoy en día el mundo se había convertido en un lugar muy peligroso, y si uno perdía de vista a sus hijos, aunque fuera un segundo, corría el riesgo de que le pasara cualquier cosa horrible. Especialmente, si se trataba de una niña como Scarlett.

56 La madre sollozó de nuevo, lo que provocó que la niña se echara a llorar, y una de las mujeres policía se puso a discutir con el padre de Scarlett, que le decía que él pagaba religiosamente sus impuestos y, por lo tanto, pagaba también el sueldo de ella, y ella le respondía que también pagaba religiosamente sus impuestos, por lo que probablemente pagaba asimismo el sueldo de él. Y, mientras tanto, Nad continuaba observándolos desde un rincón de la capilla, sentado entre las sombras, sin que nadie advirtiera su presencia, ni siquiera Scarlett, y siguió mirando y escuchando hasta que se cansó.

A esas alturas, había empezado a atardecer en el cementerio, y Silas encontró a Nad en lo alto de la colina, cerca del anfiteatro, contemplando la ciudad desde aquel privilegiado mirador. Se quedó a su lado, sin decir nada, como era su costumbre.

—Ella no tiene la culpa de nada —dijo Nad—. Soy yo el que tiene la culpa. Y la he metido en un lío.

—¿Adónde la llevaste? —le preguntó Silas.

—Al centro de la colina, a ver la tumba más antigua.

Pero resulta que allí no hay nadie. Sólo una especie de serpiente que se llama el Sanguinario y que está en ese sitio para asustar a la gente.

—Fascinante.

Bajaron juntos por la colina, vieron cómo la policía volvía a cerrar la iglesia con llave, y a Scarlett y a sus padres, que salían del cementerio y se perdían en la oscuridad de la noche.

—La señorita Borrowes te enseñará a escribir seguido —anunció Silas—. ¿Has terminado de leer *El gato Garabato*?

—Sí —contestó Nad—, lo terminé hace siglos. ¿Podrías traerme más libros?

—Eso espero.

—¿Crees que volveré a verla alguna vez?

—¿A la niña? Lo dudo mucho.

Pero Silas se equivocaba. Al cabo de tres semanas, en una tarde gris, Scarlett regresó al cementerio, acompañada de sus padres.

Le insistieron mucho en que estuviera siempre donde ellos la pudieran ver, aunque se cambiaron varias veces de sitio para asegurarse de que no la perdían de vista ni un solo momento. De vez en cuando, la madre de la niña comentaba escandalizada lo morboso que resultaba todo aquello y lo mucho que se alegraba de saber que pronto se marcharían de allí para siempre.

Cuando vio que los padres de Scarlett se ponían a charlar, Nad la saludó:

—Hola.

—Hola —dijo Scarlett en voz muy baja.

—Creía que no volvería a verte.

—Les dije que no me iría con ellos si no me traían aquí por última vez.

—¿Irte, adónde?

—A Escocia. Allí hay una universidad. Para que papá enseñe física de partículas.

Caminaron juntos por el sendero: una niña pequeña con un anorak naranja y un niño pequeño con una túnica gris.

—¿Y está muy lejos Escocia?

—Sí.

—¡Vaya!

—Confiaba en que estuvieras aquí, para decirte adiós.

—Yo siempre estoy aquí.

—Pero tú no estás muerto, ¿verdad, Nadie Owens?

—Claro que no.

—Entonces no puedes quedarte aquí el resto de tu vida, ¿no? Un día crecerás y tendrás que irte a vivir al mundo exterior.

El niño negó con la cabeza y replicó:

—Ahí fuera estoy en peligro.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Silas. Mi familia. Todo el mundo.

Scarlett se quedó callada unos instantes. Entonces oyó la voz de su padre que la llamaba:

—¡Scarlett! Vamos, cariño, es hora de irnos. Ya has dado un último paseo por el cementerio. Ahora vámonos a casa.

Scarlett le dijo a Nad:

—Eres muy valiente. La persona más valiente que conozco, y eres mi amigo. Me importa un pimiento que seas imaginario.

Y dicho esto, volvió corriendo sobre sus pasos para reunirse con sus padres y con el mundo.